

COSAS VISTAS EN ARGELIA

BERNARD-HENRI LÉVY

El extenso reportaje de Bernard-Henri Lévy sobre Argelia se publicó en *Le Monde* los días 8 y 9 de enero pasado. La realidad de Argelia no está tan alejada ni es tan ajena a la de México. Aunque cambien los métodos, las causas o las ideologías, el horror de las masacres desgraciadamente reúne a ambos países en la actualidad de los periódicos. Hace poco, un intelectual mexicano declaró que en Argelia se mataba a más campesinos que en Chiapas y nadie decía nada al respecto. Esta afirmación no solamente es falsa, sino, además, indignante. Ojalá pudiera realizarse en nuestro país, acerca de Acteal por ejemplo, la misma investigación que con valentía Bernard-Henri Lévy llevó a cabo en Argelia.

La siguiente es una versión reducida del reportaje. Quedaron fuera algunos testimonios sobre otras masacres que, hélas, sólo corroboran los mecanismos expuestos por el autor en su reconstrucción de la situación que priva en ese país.

I. EL JASMÍN Y LA SANGRE

Me habían dicho: "Entre el aeropuerto y la ciudad, hay que cruzar El Harrach y Kuba, los feudos del integrista". Llego a Argel. Ninguna presencia policíaca particularmente visible. Menos aun militares o tanques. A la entrada de la autopista, una gran pintura mural dice (¿humor involuntario?): "¡Bienvenido a Argelia!" Otra: "Amistad argelina-bosnia". Multifamiliares por doquier. Un parque de atracciones desierto, pero que parece estar en servicio. El Centro Deportivo del gobierno de la ciudad de Argel, invadido por pequeños jugadores de hand-ball. Coches franceses. Allí donde la autopista se desvía y sigue la orilla del mar, casi un embotellamiento. Argel-la-Blanca en el horizonte. El puerto con su erizamiento de grúas y mástiles. La bodega de una empresa agroalimentaria —"Sabor de ayer, calidad de hoy"— se antoja un blanco ideal, pero sigo sin ver ningún despliegue policíaco. Muy pronto, por supuesto, dejaré Argel. Iré al "triángulo de la muerte" de la Mitidja, luego a la región de Orán, donde se perpetraron las masacres recientes. Pero ésta es, por el momento, la impresión general. Se espera una ciu-

dad en estado de sitio, encontrar los estigmas de un horror cotidiano y, en lugar de eso, una vida "normal". Mujeres sin velo. Colectivos atascados. Gente que, con el miedo en la boca, va y viene para atender los asuntos cotidianos como si nada sucediera...

AIS...GIA... Estas son, en teoría, las dos grandes organizaciones que se disputan el movimiento islamista. Los primeros, disidentes del FIS, habrían sido más bien partidarios —antes de la "tregua" de octubre pasado— de atentados precisos contra intelectuales o funcionarios, y habrían tomado la precaución de perdonar la vida a los campesinos atrapados en sus falsos retenes. Los otros, mucho más salvajes, estarían en el origen de las grandes masacres ciegas de los últimos meses; no harían diferencia alguna entre las categorías de "impíos" y estimarían que la sangre, cualquier sangre vertida, es el medio más seguro para acercarse a Dios. ¿La realidad? Bastante más compleja y, sobre todo, más imprecisa. Pronto podré corroborarlo cuando salga de Argel. Pero desde ahora tengo ante los ojos unos volantes escritos en árabe, que fueron secuestrados en una "casemate" terrorista de la Mitidja y encontrados por una periodista de un diario privado. Se trata de unas "fatwah". Son pequeños párrafos redactados por el emir local, que anuncian "una expedición punitiva" contra una familia o la "condena a muerte" de un chofer de Bad el Oued. La información es clara: no sólo expresa la extraña necesidad, para esos bárbaros definitivos, de una justificación "religiosa" de sus fechorías, sino también el hecho de que la justificación cambia de naturaleza y de procedencia: antes emanaba de los grandes emires nacionales, ahora parece que basta la autoridad de un emir local, jefe de una banda autoinvestida de su poder... Miniaturización de las fatwas. Multiplicación de las cabezas y, por lo tanto, paralelamente, proliferación de grupos, desconectados entre sí, sin mando estratégico unificado: decenas, quizá centenares de focos de micropoder y de exterminación de los civiles.

Relato de Hand. Una mañana, de camino a la oficina, uno de sus amigos fue secuestrado por tres hombres encapuchados. Lo encierran en un sótano del

conjunto habitacional de los Eucaliptos, refugio de muchos grupos armados, en los suburbios de Argel. Durante ocho días lo tienen sin comer y casi sin beber, y al cabo el mayor de la banda les dice a los otros dos: "Déjeme acercarme a Dios matándolo con mi propia mano." Al prisionero le dice: "¿Cómo quieres morir, perro? ¿De qué manera quieres ser ejecutado?" A lo cual el "perro", agotado, sin saber muy bien qué contestar, responde: "Respeto la voluntad del Señor, pero tú ¡véte al carajo!" Las palabras providenciales hacen saltar al viejo: "¡Cuidado, hermanos! ¡Dijo que respetaba Su voluntad! Quizá sea un temeroso de Dios". Como en el Islam se necesita un mínimo de tres testigos para certificar la impiedad de un mal musulmán y sólo hay dos en ese momento, el grupo regresa a Argel, interroga discretamente a los vecinos, saquea el departamento en busca de "pruebas" susceptibles de remediar la falta del tercer testimonio. Pero, como no encuentran pruebas, acaban por liberar al prisionero. No sé muy bien cómo interpretar la historia. ¿Incoherencia? Quizá. ¿Formalismo maniático? Sin duda. ¿Persistente religiosidad de los "pequeños" terroristas de base? Admitámoslo (aunque la tendencia general sea más bien la de una evolución al estilo de la mafia. Por ejemplo, se dice que Flicha no lleva barba ni el *kamis*, el vestido blanco de los islamistas. ¿Acaso no comenzó su carrera como ladrón callejero, luego como traficante de hachís, para finalmente reunirse con los GIA a principios de 1994, después de haber asesinado a un oficial antidrogas?) Lo que más bien delata esta historia es la soberanía del microgrupo condenado, en la comedia como en el horror, en lo rocamboloso como en la tragedia, a improvisar sus normas y conductas.

Relato de Nadia. Tiene veinte años. Nunca antes pudo contar su historia. Demasiado miedo a "ellos", me dice la periodista argelina que la acompaña... Demasiado miedo a que "ellos" regresen... Demasiado miedo también a no ser creída, a ser motivo de burla, a ser malinterpretada... En el fondo, demasiado miedo a la mirada de los demás: después de su fuga, se demoró un mes, sí, un mes en buscar lo que le quedaba de familia y en osar presentarse ante los suyos porque temía haberse vuelto "el deshonor de la tribu". Entonces, tiene veinte años. Habla lentamente, en voz muy baja, como si temiera equivocar las palabras. Sucedio hace seis meses, dice. Conocía al jefe. No puede decir quién es, pero lo conocía puesto que era un muchacho del pueblo y lo frecuentaba desde la infancia. Ante sus ojos, comenzaron por violar a su madre y la degollaron. Emascularon a uno de sus hermanos y le sacaron las vísceras. Siempre en su presencia, decapitaron a su padre con un hacha, después de que éste consintió, en su último suspiro, a un "matrimonio de placer" entre el jefe del grupo y ella. Y

luego...; Oh! luego... ¿Por qué le hicieron eso? ¿Por qué no la asesinaron a ella también? "Casada" con el jefe, las dos primeras noches... Luego, "casada" por el jefe con dos de sus cómplices. Luego, cuando los lugartenientes a su vez se cansaron del "matrimonio de placer", se volvió la esclava del grupo, destinada a las tareas domésticas más ingratas: "Eres nuestra 'thanima', le decían. Eres nuestro 'botín', estás a nuestro servicio." Hasta el día en que ella descubrió que estaba embarazada y ellos decidieron que ya ni siquiera era digna de servirles. La hubieran matado, cuenta, la hubieran pateado hasta hacerla abortar, si no hubiera sucedido una alerta aquella noche en que, aprovechando la confusión, se dio a la fuga. Insiste en los "matrimonios de placer". Cada noche vuelve a oír la voz del asesino: "Padre indigno, ¿consientes en darme a tu hija?, etc." Luego: "Yo, Zamadijl Moutaa, su emir, a mi vez consiento en darle a esta hija que su padre me entregó." ¿Qué es lo que más indigna al observador? ¿El formalismo odioso de esos crímenes o, una vez más, el poder sin límites de un sicópata, autoproclamado "emir", que ya no responde ante nadie por sus actos monstruosos?

El reclutamiento de los grupos. Una teoría recorre la ciudad. Es la que sostiene, entre otros, Abla Cherif, una de las plumas más afiladas de la prensa privada y también una de las más amenazadas. Según ella, el reclutamiento se dirige a cuatro tipos de ciudadanos y se realiza conforme a cuatro escenarios. Los solicitantes de visa, ubicados en las colas ante la puerta de los consulados: les prometen el valioso documento y a veces hasta se lo consiguen; así se reclutan las antenas del grupo para el extranjero. Los desocupados, desempleados y otros casos sociales: se acercan a ellos en nombre de una asociación caritativa, los apapachan, los oyen y poco a poco la amabilidad se torna ayuda imprescindible, hasta que llega el día en que se les explica que el poder es el verdadero artífice de las masacres. Para demostrárselo, los llevan con el emir, con quien lo fotografían para así comprometerlos y volverlos casi cómplices. En tercer lugar, están los vendedores ambulantes y los demás pequeños oficios: se ubica al que la policía hostiga con mayor frecuencia en una esquina, se espera a que le confiscen la mercancía de su puesto para reponérsela. En este caso, también el joven se vuelve un rehén, es deudor de la red, porque asimismo pueden llevarlo con el emir, de preferencia en un coche robado o identificado por haber participado en un operativo, y así la trampa se cierra definitivamente. En último lugar, está el simple testigo ocular de un atentado, a quien forzosamente la policía interroga por el sencillo hecho de estar allí, "al pie del muro". El reclutador, disimulado entre la muchedumbre de los transeúntes, observa, también forzosamente, que la policía lo in-

terroga. Al día siguiente regresa: "Los hermanos saben que has visto; también saben que les dijiste a los policías lo que viste. ¿Y qué si lo hubieras visto *todo*? ¿Qué tal si nos hubieras identificado? Hay una sola solución para demostrar tu buena fe: ir con el emir, llevarle una carta, hacernos un favor..." El discurso de la secta, aliado con el de la mafia. La lógica del vandalismo organizado, que apuntala la de la fe. Ésta es la fuerza de los terroristas pero quizá también el principio de su derrota.

Abandono Argel con esta impresión. El terror puede seguir golpeando. La amenaza está por doquier. En cualquier momento, existe el riesgo de que un coche-bomba explote en un mercado, en la estación de ferrocarriles, en el Correo Mayor o en las puertas de un estadio. Pero, frente a una población que retoma las calles con una sangre fría ejemplar, los grupos están perdiendo la batalla de los centros urbanos. Ahora emprendo el viaje a la Mitidja, luego hacia el oeste argelino, donde, en cambio, *hélas*, las cosas apenas comienzan.

II. LA LEY DE LAS MASACRES

El camino a Larbâa es hermoso. Exhala prosperidad. A partir de Oued Slama, la plaza fuerte que el GIA retomó hace tres meses a cañonazos, no se ven sino naranjos, viñas, casas decorosas, campos de sorgo y trigo: el paisaje clásico de la Mitidja. Pasamos frente a una fábrica en construcción. Aparecen pequeños vendedores de mandarinas o cigarrillos. En la entrada misma de la ciudad y luego sobre la avenida principal, las terrazas de los cafés están llenas; el joyero está en su tienda trabajando; los viejos toman el sol de diciembre en la acera; los niños juegan al fútbolito. En pocas palabras, si no fuera por las señalizaciones: "¡Espacio!" y "¡Alto!, control de policía", si no fuera por la metralleta instalada frente a la subprefectura, por los sacos de arena en el techo de dos casonas que miran a las montañas, nada dejaría sospechar que uno entra en una ciudad que, dos días antes, acaba de ser el escenario de una masacre. Hay que llegar hasta el barrio afectado de Djiboula para tomar el pulso de la situación; a la derecha, una manzana de edificios de los años sesenta, construidos en un baldío donde pastan ovejas; a la izquierda, treinta metros más allá del oued, el grupo de casas de una sola planta, ni urbanas ni rurales, donde sucedió la carnicería.

En el lugar mismo del ataque, los testimonios concuerdan. Unos exploradores —quizá hombres disfrazados de mujer— llegaron la víspera o el mismo día para ubicar discretamente el escenario. Un segundo grupo, a principios de la noche, minó los principales accesos. Un tercero se apostó a la entrada de

los vergeles para cubrir la operación. Poco antes de la medianoche, un cuarto equipo explotó el transformador, lo cual hundió al barrio en la oscuridad y cortó las sirenas de los edificios. Por fin, un último grupo, precedido de un tractor con remolque donde se cargarían los frutos del saqueo en las casas devastadas, invadió el barrio martirizado. ¿Intentó primero asaltar los edificios que están a la derecha del oued? Algunos testigos lo afirman y añaden que los habitantes se refugiaron en los techos para bombardear a los asaltantes con piedras y tabiques. Sin embargo, la mayoría insiste en la extrema precisión del asalto: una casa, luego otra, y un hombre que, en la oscuridad y con una antorcha en la mano, cada vez tumba la puerta, busca a las mujeres, llama a los hombres por sus nombres y los mata.

Entro en una de esas casas, ruina calcinada, donde sólo quedan una máquina de coser, un atado de ropa de niño, un mechón de pelo negro, sin duda de mujer, que un joven recoge y me entrega, pero no sé qué hacer con él y, sin pensarlo, lo deposito en un hoyo entre dos pedazos de muro quemado. Entro en una segunda casa, la de la familia Cherif, también completamente incendiada: de ocho cuartos amplios alrededor de un patio que era el orgullo de la familia, sólo queda la cabañita donde se guardaban utensilios y en donde Mulud, el sobreviviente, se refugió. "No temas, somos hermanos", le gritó el hombre de pelo largo y muy sucio. "Parecía un jabalí que saqueaba las reservas de sémola". "¡No tengas miedo, espérame, ahora regreso!" Por supuesto, no esperó. Corrió a esconderse en la cabañita. Desde allí, vio al hombre que perseguía a su padre, lo insultaba, lo arrastraba hasta el umbral de la casa y lo decapitaba con un hacha, a unos metros de donde él estaba...

¿La lógica del encarnizamiento? ¿Las razones de esos crímenes perfectamente personalizados como todo parece indicarlo una vez más? No me atrevo a plantear la pregunta directamente. Pero, en el curso del día, me entero de que Larbâa fue, en 1991, uno de los bastiones del FIS. Me entero de que, en los años ochenta, hasta fue la cuna del "buyalismo", el ancestro del actual islamismo terrorista. También descubro —pero mucho más tarde, en Argel, porque aquí nadie se atreve a hablar del "secreto"— que ya había habido en Larbâa, el 28 y el 31 de julio de 1997, dos masacres terroríficas. Sobre todo, me doy cuenta de que los habitantes de este pequeño barrio pobre, el más expuesto entre todos porque es el más cercano a las montañas, se negaron a recibir las armas que les ofrecían en octubre pasado. ¿En qué contexto se las ofrecieron? ¿A cambio de qué? De acuerdo con el principio según el cual es probable que una ciudad tres veces masacrada lo sea una cuarta, ¿por qué aberración de Estado no se marcó un cinturón de seguri-

dad alrededor de Larbâa? Misterio. Lo cierto es que, en el mismo momento en que sus vecinos del otro lado del uso blindaban sus puertas, instalaban alarmas y proyectores, almacenaban en las azoteas proyectiles de toda naturaleza, los hombres de este barrio se sentían suficientemente seguros de sí mismos o, al contrario, demasiado acorralados para pensar en protegerse. "Nos agarraron", suspira entre llantos, recargado en el hombro de un oficial conmovido, el sobreviviente de la familia Cherif... "Nos agarraron"... La expresión es terrible, pero también sorprendente. Da a creer que un pacto secreto se rompió esa noche o antes...

Existe una carretera directa entre Larbâa y Bentalha. Pero es "intransitable", me dicen los militares. Cuando intento saber un poco más, añaden: "Atraviesa un bosque, puede haber emboscadas, por lo tanto, es intransitable". En consecuencia, tomamos la otra carretera, la que cruza Baraki y así nos permite ver los dos retenes militares que, la famosa noche del 23 de septiembre, no se inmutaron pese a los alaridos, los incendios, el ruido de las cacerolas que las mujeres martillaban. A la salida de Baraki, en pleno campo, a la derecha, rodeado por una alta barda que pintaban de blanco el día que pasamos, está un centro de transmisiones, donde se concentra lo esencial de las instalaciones de radio de la primera zona militar de Argel, y donde tal vez (no lo sé a ciencia cierta porque no me dejaron entrar) se resguarden unidades de combate, en fin, un punto *estratégico pero estático*. Luego en Bentalha, a un kilómetro y medio del lugar de la masacre, está un acantonamiento de policía, custodiado por treinta guardias municipales de uniforme azul marino, totalmente desapercibidos para una intervención militar de cierta envergadura, es decir, en otros términos, un puesto *avanzado pero modesto*. Lo uno no explica lo otro. De nada sirve que arguya al oficial que me acompaña: "El papel de un soldado es proteger a la población civil, pase lo que pase". Él me contesta que observe la diferencia entre la modestia de los dos puestos y los "cuarteles" que describe la prensa europea...

Llego a Bantalha o, más exactamente, a la parte de Bentalha que, al oeste, a orillas de las huertas, fue el blanco del ataque. Casas vacías. Paisaje desolado. No hay ropa secándose en las ventanas, ni un solo vehículo por las calles, a excepción de un tractor que transporta un poste eléctrico hacia el edificio donde los militares instalaron un cuartel general de campo, a orillas de las huertas. Sobre todo, tres meses después, persiste un poderoso, repentino olor a ceniza fría, cual una invisible frontera de la muerte, a semejanza de la hilera irrisoria de banderas argelinas que flotan en un cable.

Cuando se evocan estas grandes masacres, la gente imagina barrios devastados, pueblos enteros arrasados, es decir, algo así como un Oradur argelino, pero bastaron siete casas, a lo sumo, ocho —el resto de la aglomeración permanece intacto— para alcanzar la cima del horror. Por supuesto, se trata de estructuras familiares, de la especificidad demográfica del país, de la costumbre de reunir en un solo hogar a niños, ascendientes y parientes colaterales. Pero lo que más me llama la atención es la ferocidad, tanto más insostenible cuanto que no obra a ciegas: antes que pueblos, se exterminan familias; el blanco es la fratria, el *genos*, no la aldea. Y porque ataca al *genos*, esta inhumanidad es, al pie de la letra, genocidio...

Me acerco a las casas destruidas de Bentalha. Miro las casas de ladrillo, levantadas en dos o tres pisos. Pienso en los que sólo alcanzaron a construir el garaje pero que, al alquilarlo, esperaban financiar el resto. Se percibe que la ciudad es rica, las familias acomodadas, los terrenos buenos y bien ubicados, quizá hubiera una batalla para los permisos de construcción. Tampoco resulta difícil imaginar el juego trágico del clientelismo, luego de la vendetta. ¿Se trataría de vaciar un barrio entero al atacar a unas cuantas familias? Puede ser. Pero también es probable que se trate de familias ligadas al FIS, que se beneficiaron de sus larguezas entre 1988 y 1991, cuando el FIS reinaba sin restricción en el pueblo. Es probable que, un buen día, el jefe de la familia se hartara de pagar el impuesto, o se diera cuenta de que los vientos cambiaban y su obediencia ahora resultaba arriesgada, o bien que decidiera pagarle al AIS lo que entregaba al GIA, o a la inversa... Esta teoría me la inspiró G., uno de los sobrevivientes de la masacre que decidió quedarse en su casa y formar, junto con otros veteranos de la guerra de liberación, un grupo de "patriotas". También me la sugirió el análisis del "caso Nasser", una islamista que, la víspera de los acontecimientos, regresó a su barrio para señalar las casas que arrasaron y quien, durante la masacre, despojaba a las mujeres asesinadas de sus joyas: pariente del "emir" de Baraki, a su vez comprometido en turbios asuntos de corrupción según unos testimonios, la mujer parece ser el prototipo de este terrorismo mafioso...

Intento reconstruir en Bentalha el itinerario de los asesinos de aquella noche. El hoyo donde colocar los explosivos en el muro de la casa de los Zafar. La terraza donde la familia se refugió. La escalera metálica que hubo que trepar para llegar, un poco más arriba, hasta la terraza de la casa vecina. Los zapatos de los tres niños que no alcanzaron a subir y allí murieron degollados. La habitación del hijo asmático que tampoco alcanzó a subir: "Me ahogo,

gritaba, me ahogo", y murió ejecutado en su cama con una pala. Luego la segunda terraza, en fin, la de la otra familia, pero no, era la misma, era una sola y gran familia dividida en dos casas, pero allí reunida para morir sobre la placa de cemento, ahora de un color verde oscuro por la sangre seca. Los treinta y seis cuerpos desmembrados fueron arrojados por la barda de la azotea. Quedan gotas oscuras en la escalera: es la sangre del viejo que se resistió y a quien empujaban a hachazos hacia el resto del rebaño. Era la terraza más hermosa de Bentalha; era el mejor mirador del barrio, desde donde se veía Argel cuando el aire estaba limpio. De ahora en adelante, será para siempre el lugar de la pesadilla absoluta. Los hombres como animales, en gran cantidad. La casa como un rastro.

Otro lugar de masacre: Raïs. Siempre la Mitidja. Siempre el mismo triángulo de la muerte. Finalmente, todo queda muy cerca. Apenas quince kilómetros de Larbâa, diez de Bentalha. Algo así como los grandes suburbios de Argel que, por lo demás, durante mucho tiempo sirvieron de retaguardia a los terroristas. El 29 de agosto, un jueves por la tarde, la víspera del día de rezos, los *halufs* (hermanos) llegan: unos a pie, otros en camión, armados con hachas, sables, pero también fusiles de cañón cortado, carabinas, latas de refresco transformadas en cocteles Molotov. Los jefes están vestidos al estilo "afgano", con la túnica y el pantalón bombacho de los antiguos moudjahidins. Como suele suceder, llegan acompañados por mujeres que les señalan las casas malditas. La imaginación popular, quizá fantástica, los recuerda con el pelo muy largo, las cejas rasuradas y un dedo de la mano cortado (el que, en principio, les sirve para invocar al Muy Alto, pero ¿no es precisamente con Él con quien están en guerra? La crueldad insensata, ¿no es otra manera de renegar de Él?). Degüellan, desuellan, meten a dos bebés vivos en un horno de pan. Es, hasta la fecha, la masacre más sustanciosa en Argelia: trescientos hombres, mujeres y niños. ¿Quién da más?

Sobre las circunstancias mismas de la masacre, sobre sus lecciones, tres testimonios. Primero, el de un mecánico que luego tuvo la iniciativa de crear un grupo municipal de autodefensa: "Nos dieron armas después de la masacre, pero las hubieramos necesitado antes. Raïs era sospechosa porque sirvió de retaguardia a los integristas. En la primavera, cuando nuestras familias fueron a pedir armas a los policías, empezaron a recabar informaciones y acabaron por decir: '¡No! No les tenemos confianza. No podemos dar armas a gente que estuvo demasiado cercana a los barbudos. ¡Castiguémoslos!'". En pocas palabras, el caso contrario a Larbâa. También el caso contrario de Bentalha, en donde once familias recibieron fusi-

les, sin que eso bastara para salvarlos... Es el juego de la muerte, el único en el que se pierde en todas las jugadas. ¿Qué mejor los señala a los ojos de los asesinos? ¿Pedir armas (Bentalha), rechazarlas (Larbâa) o pedir las y que se las nieguen (Raïs)?

Otro testimonio de otro sobreviviente de la primera casa asaltada, en la entrada del pueblo, atrás de la escuela. Es dueño de un restaurante. En el cuello tiene la huella del cuchillo y en la nuca, la del hacha con que pretendían decapitarlo. Cuenta que desangraron a su bebé. A su mujer la sacaron de debajo de la cama, donde se había refugiado con su otro hijo de cuatro años. Cuenta que oyó cuando el emir decía: "Matamos a los adultos para castigarlos, a los niños para salvarlos". Se acuerda que aquella noche había una boda en la casa de los vecinos. El mechoui olía rico. La gente se veía alegre. Entre ellos, me dice —no lo va a creer!— había cuatro hombres que, unas horas más tarde, capitaneaban la masacre. "¿Quién mata a quién? Sé que algunos se hacen la pregunta. Pero nosotros sabemos quién nos mata. Vimos a los asesinos. Eran niños del barrio. Allí estaban entre nosotros aquella noche..." Obscenidad de la pregunta "¿Quién mata a quién?", como si al horror hubiese que añadirle la duda, la confusión...

Finalmente, el testimonio de un oficial de las fuerzas municipales, ingeniero antes de los acontecimientos. ¿Por qué los militares no intervinieron en Raïs? ¿Por qué, en general, el ejército interviene tan poco? "Antes que nada, explica, eso es falso. Claro que interviene. En Uled Allel y en otras partes, realizó operativos eficaces. Lo que sucede es que interviene a sus horas, en su terreno, y tratando de ahorrar, como lo haría cualquier ejército del mundo, la sangre de sus soldados." ¿La sangre de los soldados o la de los civiles?, le pregunto. ¿Qué sucede con la sangre de los civiles que les piden auxilio? Él contesta: "Mencióneme un solo ejército que esté dispuesto a salir de sus cuarteles así no mas, en plena noche, sin orden expresa de sus superiores y en la ignorancia de si se trata de una verdadera alerta o de una trampa, si no va a caer en una emboscada como en junio pasado." Insisto: ¿No es precisamente ése su oficio? El papel de un ejército digno de este nombre, ¿no consiste en salvaguardar la seguridad de la población en casos de emergencia? Él explica: "Se necesita conocer la historia de este ejército: es un ejército estático, con una cultura muy "Ejército Rojo". Nunca supo moverse, con mayor razón de noche, frente a salvajes que tienen para sí el beneficio de la sorpresa y el conocimiento del terreno..."

Huelga decir que el razonamiento es inaceptable. Pero, en Tizi Ozou y en Orán como en Argel, encontré a otros oficiales de campo. A todos les hice la

misma pregunta acerca de la pasividad de las fuerzas armadas. Todos me dieron el mismo tipo de respuesta, que la atribuye a la "cultura" del ejército argelino, a la movilidad "inasible" de los grupos terroristas o bien a la dificultad, para cualquier ejército en semejante situación, de adecuar sus "instrumentos" a los requisitos de una guerra de guerrilla que no ha dejado de cambiar sus formas y sus escenarios (terrorismo urbano, asaltos a los suburbios, luego a los pueblos, a aldeas aisladas). Si tuviera que resumir mi parecer, diría que se trata, sin duda, de incompetencia por parte de los militares, quizá de indiferencia y también del hecho de que, para algunos, la vida de un buen soldado es más preciada que la de un campesino que, hasta no hace mucho, le apostaba al FIS. Pero la idea de que un "estado mayor", un "clan" o incluso "un servicio especial" fomentara las masacres, armara a los asesinos o disfrazara —esto se ha dicho!— a sus hombres de islamistas, me parece una hipótesis errada.

Prosigo el viaje hasta Arzew, más allá de Orán, por la carretera a Mostaganem, allí donde desembocan los seis gaseoductos del país en los depósitos de metano de la Sonatrach. Es la otra Argelia. Es la Argelia útil. Es una Argelia que, mientras arden las aldeas aisladas, sólo se preocupa por las alzas del crudo. ¿La guerra?, ¿cuál guerra?. El Bordj, ¿qué es eso? Esta Argelia sólo conoce la guerra de las cifras, de los metros cúbicos, de los récords. Vive en otro mundo: el del *cracking*, de los mercados internacionales, de los barrios. También quise verla. Primero, porque también es Argelia y, en segundo lugar, porque, pese a las apariencias, conserva ciertos lazos con la otra...

En la tarde me recibe el estado mayor de la empresa. Sentados alrededor de una gran mesa en forma de herradura, en una sala de conferencias de una de las ciudades de expatriados, me explican las reservas de gas y los procedimientos de licuefacción. La producción en metros cúbicos del año y su traducción en divisas para la economía argelina. El rendimiento de la vieja gasera GL4Z, pionera del género, decana de la zona, pero todavía muy rentadora, así como los misterios de la síntesis del helio. Estos hombres están orgullosos de sus instalaciones. Tienen razón, tanto más cuanto que la modernidad política de Argelia también pasa, me imagino, por una forma de prosperidad. Pero, mientras me cuentan su epopeya, a mí me interesa plantear una sola pregunta: me interesa conocer la manera en que conjuraron al terrorismo.

Oficialmente la pregunta no se hace. Según ellos, la zona nunca tuvo que padecer al islamismo. En realidad, es falso. Pese al embargo que pesa sobre este tipo de informaciones, se sabe que, en los últimos cinco años, hubo acciones contra los gaseoduc-

tos, robos de vehículos, cables eléctricos cortados en Gassi Touil o en In Salah. También se sabe —me lo informó un cuadro de la Sonatrach con quien, de casualidad, viajé en el avión Orán-Argel— que a fines de los años ochenta los islamistas organizaron una operación ideológica acerca de la necesaria "recuperación" por el "pueblo" de las riquezas nacionales acaparadas por la "oligarquía". Asimismo se sabe —misma fuente— que el movimiento desembocó en una huelga que fue duramente reprimida: neutralización de los líderes, despidos discretos pero masivos, chantaje a las familias, beneficios en especie (primas, vacaciones, viajes al extranjero) para los más dóciles... En cuanto a la seguridad de las instalaciones, pude comprobarla con mis propios ojos en una visita a la zona, gufada por el "Señor Seguridad" local, y atestiguar la extrema sofisticación del dispositivo.

Primero, en las cercanías de Arzew hay una serie de retenes militares, los más rigurosos que vi desde mi llegada a Argelia. Consisten en muros inmensos, con alambres de púas en lo alto, que bordean la principal carretera de acceso. Luego hay otra muralla totalmente hermética, que delimita un primer perímetro de seguridad alrededor de la zona industrial propiamente dicha. Dentro de este primer recinto, existen once murallas secundarias para cada uno de los "complejos". Dentro y fuera de estos recintos están las unidades de élite del ejército, más vigilantes privados, que patrullan de día y de noche. Luego hay una serie de "aldeas", también bajo fuerte vigilancia, donde los "expatriados" tienen su alberca, su cancha de tenis, sus casas. En casi cada esquina, hay depósitos de agua contra incendios, coches de bomberos listos para intervenir en cualquier momento. En el muelle, para proteger las áreas de embarque, otros muros, otras patrullas. Para el caso de que un peligro viniera del mar, existe un satélite-espía, alquilado a los norteamericanos, capaz de detectar cualquier objeto flotante de más de dos metros. En fin, las veinticuatro horas, manejadas por ingenieros en informática de alto vuelo, la mayoría extranjeros, dos salas con pantallas de control que detectan el menor movimiento sospechoso, sea en tierra, mar o el aire...

De eso también, el "Señor Seguridad" está muy orgulloso. Quizá tenga razón, a fin de cuenta, porque el blanco gigantesco que representa Arzew, el sueño de los islamistas, la banca y el pulmón del país, salvo algunas escaramuzas, logró salvarse de la violencia. Ya llegó la hora de la verdadera pregunta. Pero la hago de regreso a Argel, a un responsable del RND, el partido en el poder, quien me explica, no sin algo de razón, que por más frágiles que sean aquí la libertad de la prensa, el derecho de manifestación, incluso los

embriones de instituciones democráticas, lo cierto es que representa, hasta la fecha, lo menos imperfecto que ofrece el mundo árabe-musulmán. Cuando su poder quiere, puede, le digo. Cuando se propone proteger las instalaciones de Arzew o del Sahara, se da medios eficaces. ¿Por qué no hacer lo mismo con los ciudadanos? ¿Por qué no utilizar el mismo ingenio, la misma maestría de las técnicas militares, para crear perímetros de seguridad alrededor de los pueblos martirizados de la Mitidja o de los pueblos que, en el

oeste, esperan su turno? Es la única pregunta válida. Es el verdadero desafío para el Estado. Argelia se encaminará definitivamente por la vía democrática el día en que pueda decirle al mundo: ya no existe distinción entre ciudades "útiles" e "inútiles". Ya no hay diferencia entre las vidas y los muertos. La suerte de un campesino de Rélizane importa tanto como el apareamiento de un barco petrolero. ◀

© LE MONDE

